

LOS PRIMEROS AÑOS DE UN POETA MIGUEL EN ORIHUELA

MIGUEL ÁNGEL LOZANO MARCO

Para quienes nacimos pocos años después de la muerte de Miguel Hernández y vivimos nuestra adolescencia y primera juventud en la década de los sesenta, el conocimiento de su vida y de su obra fue una sucesión de sorpresas que se nos iban presentando al margen de las aulas, pero no lejos de ellas. Antes que de su vida, nos enteramos de su muerte, que había sucedido en un lugar que, quienes vivíamos en Alicante, habíamos visto: una prisión de aspecto terrible que no estaba lejos de donde nos encontrábamos. El edificio, gris, con gruesos muros y garitas en las torretas, se levantaba al final de barrio de Benalúa, allí donde entonces venía a terminar la ciudad y comenzaba la carretera del cementerio.

Supimos, casi al mismo tiempo, que había nacido en Orihuela; dato que para nosotros fue fundamental y que hizo que nos interesáramos más por una ciudad de nuestra provincia caracterizada —todavía— por un denso ambiente religioso. Poco a poco nos iban llegando retazos de su vida con fragmentos de poemas, versos sueltos..., hasta que recibimos el fuerte impacto de la *Elegía* a Ramón Sijé. Aquél fue el umbral por el que accedimos definitivamente a su poesía. Para un adolescente interesado por la literatura, ésta es una experiencia imborrable. Aquel impacto venía potenciado por el conocimiento «clandestino», al margen de lo que íbamos aprendiendo en las aulas: se producía en la misma vida y entre iguales. En clase de literatura, alguien, en un momento de arrojito, preguntó al profesor, desde su pupitre, sobre el poeta de Orihuela. No dio la respuesta con el tono de seguridad habitual. Balbució un poco y dijo que... bueno...

que había muerto muy joven y no pudo desarrollar su obra. Aquello no casaba con lo que íbamos conociendo, y más cuando pudimos acceder a *El rayo que no cesa*; algo después, cuando conocimos composiciones de su *Cancionero* y *romancero de ausencias*, vimos que esos versos no eran la obra de un malogrado poeta, sí la de un hombre malogrado al que se le arrebató una vida elevada y hermosa. Hoy Hernández ocupa un lugar de privilegio, ganado por él, en la historia literaria, y podemos manejar sus *Obras completas*, con abundantes inéditos, lectura de variantes, de manuscritos, y hasta un epistolario. En aquellos años sesenta, lo íbamos conociendo fragmentariamente, con dificultades, alimentando una leyenda en los pasillos, en el patio de recreo..., no lejos de la tarima, pero al margen de ella.

En esa sucesión de sorpresas, a lo largo del tiempo, de muchos años, una de las últimas fue la lectura de sus primeras publicaciones, de su producción de adolescencia y primera juventud; es decir, de la obra escrita antes de *Perito en lunas* (1933); y no precisamente por su altura estética, por su valor literario, sino por la admiración que produce ver cómo en tan poco tiempo, desde que sus versos comienzan a aparecer en los periódicos de su ciudad natal hasta que ve impreso su primer libro, Hernández ha sabido evolucionar con tanta rapidez, pasando de ingenuos poemas trasnochados (1930) a complicadas construcciones poéticas de notable virtuosismo (1933) para entregarnos pocos años después, en 1936, uno de los libros más intensos de nuestra literatura, *El rayo que no cesa*. Es un itinerario de esfuerzos y de exigencias irrenunciables.

Su obra es el resultado de una noble ambición: quiso alcanzar la altura de su tiempo, y la sobrepasó.

Por esto es necesario prestar atención a esa primera etapa o «primer segmento» de su vida, expresión que emplea Agustín Sánchez Vidal y que sitúa entre los años 1910 y 1931¹, fecha de su primer viaje a Madrid. Los casi seis meses de estancia en la capital —de comienzos de diciembre de 1931 a mediados de mayo de 1932— fueron una experiencia fructífera, a pesar de sus penalidades y de su aparente derrota, pues le permitieron tener conciencia de lo envejecido y obsoleto de su producción hasta ese momento, hacerse una idea de los rumbos de la lírica y vislumbrar el camino que ha de recorrer para estar a la altura de las circunstancias. Aunque el modelo poético que elige —el vanguardismo gongorista— estaba ya superado, logra darle un sello personal y realizar un complejo ejercicio formal que ha de serle muy útil.

1910 es el año inicial, pues como bien sabemos, Miguel Hernández Gilabert nace en aquel otoño, el treinta de octubre, en la calle de San Juan, de Orihuela. Es el tercer hijo de Miguel Hernández Sánchez y de Concepción Gilabert Giner. Le han precedido Vicente (1906) y Elvira (1908); nacerán después de él tres hermanas, que han de fallecer pronto: Concepción (1912), Josefina (1914) y Monserrate (1915); una última, Encarnación (1917), se salva de seguir el triste sino de las anteriores. Sabemos también que el padre, de carácter duro y autoritario, era tratante de ganado, con prestigio local entre los de su oficio y hombre respetado en la ciudad. El negocio familiar consistía en la cría y venta de ganado —cabras y ovejas—; solía ser enviado en vagones a Barcelona, donde un hermano de don Miguel, Francisco —llamado familiarmente Corro— se encargaba de venderlo. La familia de los *Vicenterres* —tal era su apodo— era humilde,

pero no pobre, como solía repetirse hace años en una especie de mito que ha sido convenientemente cuestionado y desmontado. Miguel, desde muy joven, ayudó en las labores familiares, en la medida de lo posible: limpiar, ordeñar, repartir la leche...

En 1914, don Miguel compró la casa de la calle de Arriba, que desde entonces será el domicilio familiar. El edificio, de una planta, se encuentra casi pegado a la sierra que protege la ciudad y a pocos metros del Colegio de Santo Domingo, la antigua universidad fundada en el siglo XVI por el arzobispo D. Fernando de Loaces, cuyo imponente edificio, de hermosas fachadas y solemnes claustros, cobijaba entonces un colegio regentado por los jesuitas.

La Orihuela en la que nace Miguel Hernández y en la que vive sus primeros años no debía diferir mucho de la descrita por J. Martínez Ruiz en una página de su novela *Antonio Azorín* (1903). En un párrafo magistral condensa el ambiente de la ciudad episcopal, con iglesias, conventos, vetustos caserones, calles estrechas en las que destacan las sotanas de los clérigos, los hábitos de las diferentes órdenes, los mandaderos de los conventos, colegiales con uniforme, mujeres con mantillas negras y hombres «que remueven en el bolsillo los rosarios»²; en ese ambiente destaca el rumor del río y el sonido de las campanas. Es la estampa de una ciudad levítica en la que notamos la falta un elemento que ha de convertirse en fundamental: la sensualidad; pero para llegar a eso faltan algunos años: hasta 1921, en que Gabriel Miró publica *Nuestro Padre San Daniel*, y ya definitivamente en 1926, con *El obispo leproso*; en esa novela, en dos partes, la ciudad alcanza categoría literaria con el nombre de Oleza.

Los estudios de Miguel fueron escasos, pero bien aprovechados. Su padre se preocupó pronto por su formación, ya que antes de cumplir los cinco años lo matri-

Publicación de «Pastoril»
en *El Pueblo de Orihuela*,
su primer poema impreso

El Pueblo de Orihuela.

KAPPEL

La máquina de escribir perfecta y silenciosa. Venta a plazos y al contado.

Grandes facilitades para el pago
DEBIDO EN MESES

ELADIO BELDA TRILES
AGENTE COMERCIAL COLEGIADO
Aptado n.º 19-ORIHUELA-Agostat, 6

Luis Perez Miralles
Sastrería y Pañería
ALFARO XIII 32

Fabricación especial de pijamas para señoras, camisetas y con colores sólidos.
Los encargos que se hacen con el género de la casa tienen gran profundeza y se hacen con precisión.
Cuentan decenas de casas de cambio, perfino de faja y sus respectivos.

Noche triste

(Rosa Benquerena)

¡Qué horrible, qué infeliz, qué triste!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

una era de regocijo extraordinario...
la noche que se pasa siempre siempre se
ha dado. se pasa gustando deprimido
de las grandes palabras y sentir. Para la
cigarras agitando de aquella zona, la casa
de la vida de sus esperanzas, el des-
paramiento y la insensibilidad de las re-
sacas gráficas a los sentidos que los
agricultores venidos por la insensibilidad
de sus sentidos requieren más rapidez
y rapidez cuando de transportar cosas in-
de pasando en que la vida que con-
tiene la mayor riqueza de la vida...
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

LO QUE ORIHUELA DESEA

Vendría leyendo en las corresponden-
cias de la redacción de este periódico en
el fondo de un periódico de su país.
que las autoridades y los señores
vires de aquella ciudad. Indigna sentir
que cuando se habla de producir la dulce
vida Valenciana. La vida Valenciana
se siente satisfecha por su vida de
esplendor y la vida en medio de
lograr sus dignidades y voluntades as-
piraciones en la consecución de su vida
de una vida que la sea una vida y
proteja hasta morir.

El alcalde, representante de las autoridades
que necesita la consecución de la que se
desea, ha intentado conseguir la consecución
de su pueblo y las posibilidades que se
ofrecen, con la mayor voluntad, pero la
consecución en su vida y la habilidad
de su vida. Indigna sentir que cuando
se habla de producir la dulce vida Valenciana,
se siente satisfecha por su vida de
esplendor y la vida en medio de
lograr sus dignidades y voluntades as-
piraciones en la consecución de su vida
de una vida que la sea una vida y
proteja hasta morir.

Los exportadores de naranja

El pasado domingo, se reunieron en
el hotel de C. Marañón, de la Avenida
central, numerosos, los exportadores de
naranja de esta región, para tratar de la
situación que se presenta al respecto de
exportación de naranja.

Asistieron también al acto los señores
García Guerrero y Marqués de Bualabá,
Presvitero y las señoras doña
Juana Vázquez, y hace uno de la palabra
el Sr. Marqués de Bualabá, quien se pro-
firió en la sala a señalar los males que
existen respecto a esta fruta, en
uno de los momentos en que se
había uno de la palabra al señor Gar-

PASTORIL

¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!
¡Qué noche es esta que yo estoy pasando!

NOTICIAS

En la noche a 30 de Agosto 1925.

Dr. M. Sanz García
Hospital por Oposición
C. Mayor, 41. ORIHUELA

NOTICIAS
En la noche a 30 de Agosto 1925.

culó en un colegio privado, Nuestra Señora de Monse-
rate³. En 1918, ingresa en las Escuelas del Ave María,
colegio para familias humildes que estaba situado en la
parte trasera del de Santo Domingo, al que los colegia-
les accedían por una puerta que se abría en la misma ca-
lle de Arriba. En 1923, los jesuitas, que conocían las
cualidades del joven estudiante, lo admiten en su colegio,
costeándole los estudios, con el propósito de ganarlo para
la orden. Desde el otoño de 1923 hasta la primavera de
1925, el muchacho comparte aula con los hijos de las fa-
milias acomodadas; destaca por su inteligencia y al-
canza las más altas dignidades y reconocimientos que los
jesuitas otorgan en su sistema de estudios. A comienzos
de 1925 fallece su tío Corro; su padre, preocupado por
la marcha del negocio, saca al muchacho del colegio, sin
que pueda concluir el primer curso del bachillerato. De las
solemnes aulas, los claustros renacentistas, las sesiones de
concesión de dignidades y, sobre todo, del trato con los
libros y un futuro que se soñaría redimido de la incultura
y de la pobreza, pasa bruscamente a una realidad áspera
a la que se vería condenado sin remedio.

No es difícil hacerse una idea de lo que pudo suponer
para un joven inteligente y sensible, con ganas de conocer,
que había comenzado con éxito sus estudios y que desta-
caba de entre sus compañeros de situación social elevada,
ese brutal cambio. Del aula, pasó a trabajar durante unos
meses en un comercio de telas, *El Globo*, y de ahí, al es-
tablishment, el cuidado del ganado y las horas de pastoreo, con
un futuro determinado por el criterio paterno según el cual
los hijos habían de seguir el camino de los padres.

Miguel tuvo que acogerse al consuelo de la lectura. En
los libros, leídos de manera desordenada pero intensa, en-
contró un paliativo a sus frustraciones y el único modo de
acceder a un conocimiento al que ya no podía llegar de

manera reglada. De esos cinco años que van desde el mo-
mento en que es sacado de las aulas hasta que comienza
a publicar en la prensa local algunos poemas ingenuos
—no menos que los de sus compañeros—, no tenemos
sino datos sueltos que permiten imaginar una existencia
pautada por sus tareas. La rutina de su trabajo requiere
muchas horas; contaría con la amistad de muchachos de
su misma condición y similares oficios, con los que orga-
niza un equipo de fútbol al que llaman «La Repartidora»,
y dedicaría todo el tiempo del que podía disponer para
la lectura y la redacción de sus primeros versos. Según sa-
bemos, la mayor parte de los libros que leía en el campo
o por la noche, en su casa —con el disgusto de su pa-
dre—, los sacaba de la Biblioteca Pública; tal vez, tam-
bién leyó los que pondría a su disposición el canónigo
don Luis Almarcha, abriéndole su biblioteca personal, se-
gún cuenta este sacerdote⁴, después obispo de León. El
muchacho comenzó a escribir versos, según confesión pro-



Carlos Fenoll –sentado–, Manuel Molina –derecha– y dos amigos más en Alicante, 1937.

pia, a los dieciséis años, pero su aparición como poeta no se produce hasta los primeros días de 1930.

El pastor de la calle de Arriba tendría que conocer a un muchacho, algo más joven que él, que trabajaba en un negocio familiar: una panadería muy cercana a su domicilio. Este joven, Carlos Fenoll, tenía una hermana, Josefina, dotada de gracia natural, que había alcanzado notoriedad local actuando en representaciones de teatro. A mediados de 1929, leyó unos versos de este vecino, publicados en el se-

manario *Actualidad*, «Canto al nuevo jardín oriolano», una composición más cercana a las habilidades de trovero —su padre lo había sido y Carlos había heredado ese don— que a las de poeta. Miguel se le acercó con interés y ganó una firme amistad; el joven quería darse a conocer, y lo consiguió, en buena medida gracias a su nuevo amigo⁵. El treinta de diciembre de 1929, el poeta panadero publica en el periódico *El Pueblo de Orihuela* una composición en quintillas titulada significativamente «Sonata pastoril», que aparece precedida por una dedicatoria noticiosa: «A Miguel Hernández, el pastor que en la paz y el silencio de la hermosa y fecunda huerta oriolana, canta las estrofas que le inspira su propio corazón». Llama así la atención del lector y lo prepara para la aparición, en ese periódico, de su primera composición poética, que en consonancia con lo anunciado se titula «Pastoril»⁶. Ve la luz el trece de enero de 1930. Es una composición en cuartetos con un asunto convencional: la pena de amor de una pastora, llamada Leda, que ha sido abandonada por su pastor. No es «un texto inspirado por su propio corazón», sino una recreación de la temática pastoril artificiosa aprendida en una literatura ya muy trasnochada. La composición delata al ingenuo lector que imita lo que ha leído; y así continuará durante meses. Prueba diferentes estrofas y estilos, con modelos muy evidentes, entre los que destacan imitaciones de la poesía de Vicente Medina escrita en panocho —el dialecto de la huerta murciana y de la vega baja alicantina, cuyo centro es Orihuela—⁷. Sus primeros poemas tienen referentes muy claros, que van del romanticismo al modernismo: Zorrilla, Barlt, Gabriel y Galán, Medina, Darío, Carrere..., con algún recuerdo de los clásicos del Siglo de Oro y ciertas resonancias de Machado y de Lorca, que desarrollará posteriormente, como si entonces temiera salirse de una manera de versificar valorada por sus paisanos.⁸

1930 es un año importante para Miguel: publica sus primeras composiciones, comienza su amistad con los jóvenes que, como él, se inician en la literatura e intentan animar la vida cultural del lugar; y además, en pocos meses alcanza un prestigio notable. Es interesante ver cómo fue formándose un grupo de amigos, y eso lo podemos reconstruir con facilidad.⁹

Jesús Poveda, dos años menor que Miguel, que trabajaba como oficinista en el despacho del abogado oriolano Tomás López Galindo, se encargaba de llevar a la imprenta los originales para cada número del semanario *Actualidad*, que entonces dirigía su jefe. Jesús, aficionado a la literatura, se las ingeniaba para quitar alguna colaboración y sustituirla por un texto suyo. Siguiendo el mismo procedimiento, logró meter versos de un panadero que vivía cerca de su lugar de trabajo: Carlos Fenoll. La publicación de esos versos hizo que Miguel se acercara a Carlos y se iniciara la amistad, como hemos apuntado.

Poveda cuenta que en 1928 había trabado amistad con un joven estudiante de bachillerato, alumno del Colegio de los Jesuitas, que se llamaba José Marín Gutiérrez, hijo de un conocido comerciante de tejidos de la Calle Mayor. Marín se interesó por la biblioteca que Poveda iba formando, escogida y puesta al día. El entusiasmo literario de ambos jóvenes les empujó a concebir la idea de una revista, que lograron publicar. Le pusieron el nombre de *Voluntad*, inspirado en el título de la novela de Azorín que por entonces estaba leyendo el oficinista. El primer número apareció el 15 de marzo de 1930 y tendría periodicidad quincenal. Fue entonces cuando José Marín compuso con su nombre el anagrama con el que será conocido: Ramón Sijé.

Para el tercer número, recibieron un original que les sorprendió: un soneto en alejandrinos titulado *El Naza-*

reno firmado por un tal Miguel Hernández-Giner, al que no conocían. Fenoll es quien les informa: se trata del *Vicenterre*, un vecino suyo de la calle de Arriba y cabrero de profesión. Fue ese día cuando Poveda y Marín conocieron a Miguel. La escena del encuentro está relatada por Poveda con una puesta en escena tan cuidada en todos sus elementos que hace necesaria su transcripción:

nos fuimos a la caída de la tarde en su busca. Llegaba el poeta de la huerta de Orihuela y hacía su entrada con el rebaño de cabras por las puertas de la ciudad que dan al antiguo Colegio de Santo Domingo, que viene quedando exactamente detrás de la casa donde él vivía. Cargaba ese día sobre su cuello un chotillo recién nacido. Carlos, Sijé y yo nos adelantamos a su encuentro, como si nos hubiéramos hallado con un personaje de leyenda, y estrechamos su rústica mano de pastor, y él se rió y se alborzó: ya tenía tres amigos verdaderos.¹⁰

Estos amigos comienzan a reunirse a partir de entonces en la tahona de Fenoll, fundamentalmente porque el panadero no puede abandonar su lugar de trabajo. Allí acuden, al terminar sus obligaciones diarias, además de Hernández y Poveda, otros jóvenes aficionados a la poesía: José Murcia Bascuñana, Ramón Pérez Álvarez, Antonio Gilbert... Sijé no formaba parte de aquellas reuniones¹¹; acudía a la panadería cuando formalizó su noviazgo con Josefina Fenoll. Aquellos encuentros no eran más que eso: reuniones de amigos, a las que no cuadra el término «tertulia», más pretencioso y formal; tampoco fue aquello la fragua de ninguna «generación», término felizmente en desuso por inapropiado como metodología de análisis para la historia literaria, del que se abusó en buena parte del pasado siglo. Los domingos, gracias a un gramófono, se solían organizar bailes, a los que acudía una

muchacha, Carmen Samper Reig, apodada *la Calabacica*, de la que Miguel anduvo enamorado, sin lograr correspondencia. Dejó alguna huella en su obra primeriza.¹²

Las nuevas amistades de Miguel, que son las que propiciaron sus primeras publicaciones, irrumpen en su vida en el momento en que estaba evolucionando y dinamizando la vida cultural en la vieja ciudad episcopal. Carlos Fenoll, en una entrevista con José María Balcells, recuerda que «en aquellos años se estaba debilitando el ambiente caciquil y las relaciones entre los diversos estamentos sociales empezaban a fluir»¹³. Hacia 1930 se produce un incremento sustancial en el número de publicaciones periódicas, así como de lugares de reunión en los que la vida social se intensifica. Son años de ebullición cultural y de aparente distensión, que no hacían presagiar la tragedia que habría de producirse pocos años después.

En las publicaciones periódicas locales encontramos entonces, en 1930¹⁴, siete títulos, de diversa orientación; la mayoría son muy recientes; en cuatro de ellas aparecieron versos de Hernández. El periódico más antiguo es *La Lectura Popular*, órgano del integrismo, fundado en 1883 por Adolfo Claravana.¹⁵ Como hemos apuntado, Miguel publicó su primera composición en *El Pueblo de Orihuela*, periódico fundado en 1924 por el canónigo Luis Almarcha y dirigido por él; era el órgano de los Sindicatos Agrarios Católicos, cuyo lugar de reunión social era el Círculo Católico Obrero. Es el periódico en el que el joven poeta colabora con más asiduidad, pues encontramos en él, antes de su viaje a Madrid, diecisiete composiciones. Desde 1928 se venía publicando el semanario *Actualidad*, de orientación liberal, dirigido por el abogado Tomás López Galindo; aquí publicó Miguel en siete ocasiones. En marzo aparece como publicación quince-

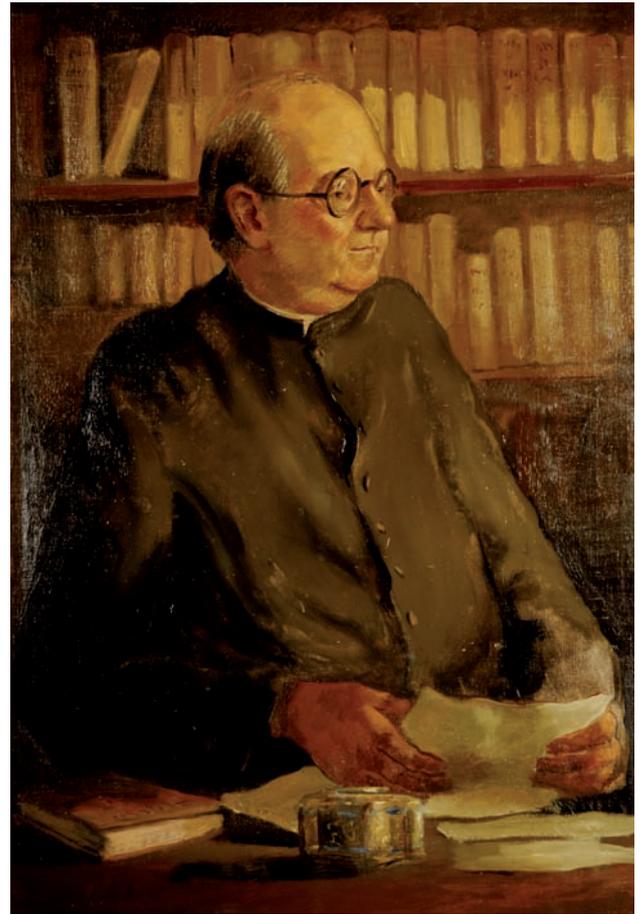
nal *Voluntad*, que aglutina al grupo de amigos, como hemos apuntado; su último número salió en agosto. En noviembre ve la luz *Destellos*, publicación promovida por José María Ballesteros y dirigida por Ramón Sijé. Otros periódicos, en los que no colaboró Hernández, eran *Renacer*, fundado en 1929, de orientación socialista —se subtitula «Portavoz de “Los Amigos del Pueblo”»— y *El Radical*, de tendencia lerrouxista.

La aparición de las composiciones de Hernández en la prensa local coincide con el momento en que se advierte un dinamismo cultural que va cambiando la imagen del lugar. «Los días también rodaban encima de Oleza»¹⁶, escribe Miró con sutil ironía. Esa nueva imagen de Orihuela ya no se corresponde con la descrita por Azorín. La diversidad de periódicos y su número, siete publicaciones en una pequeña ciudad, es buena muestra de una vida que se manifiesta en el movimiento urbano y en la variedad de sus actos sociales: tertulias, lecturas poéticas, representaciones de teatro..., que se van realizando en diversos locales representativos de la sociedad oriolana. El 19 de marzo de 1930, Fenoll y Hernández recitan sus poemas en el Círculo Católico Obrero. Su afición por el teatro les lleva a formar un grupo, «La Farsa», nombre que toman de la popular colección a la que nuestro joven poeta era muy aficionado.¹⁷ Actúan en lugares aparentemente dispares, como el Círculo Católico o la Casa del Pueblo; representan, entre otras obras, *Los semidioses*, de Oliver, y el famoso *Juan José* de Dicenta, cuyo papel protagonista desempeñaba Miguel.¹⁸ A estos lugares hay que añadir el Casino, lugar de reunión de las clases más acomodadas, al que Miguel llevará más adelante la lectura de su «Elegía media del toro», acompañándose para su explicación-representación de un cartel preparado para ese fin; también el Círculo de Bellas Artes, donde son fre-

cuentas las representaciones teatrales y las conferencias; el Círculo El Radical, que tenía su periódico. Entre los más conservadores estaban el Círculo Tradicionalista, donde se reunían los simpatizantes del carlismo, y el Centro de Caballeros de Monserrate, asociado a los jesuitas.

Miguel Hernández alcanzó muy pronto un prestigio local que debió darle seguridad y confianza en sus dotes. Para un muchacho que había pasado los últimos cuatro años leyendo y componiendo versos en soledad, sin comunicar con amigos sus inquietudes —la faceta poética de Fenoll no la descubriría hasta mediados de 1929—, los acontecimientos de 1930 se le presentarían como una sucesión de logros en un ambiente receptivo y de fraternal camaradería con sus iguales. En enero publica en *El Pueblo*; en marzo, don Luis Almarcha le encarga escribir una composición poética para ser leída el uno de mayo, el día del Trabajo, en el Círculo Católico Obrero. El muchacho debió darse prisa, ya que el 17 de marzo está fechada su oda «Al trabajo», setenta y ocho versos de dieciséis sílabas en los que sigue el tono solemne de la «Marcha triunfal» de Rubén Darío, y que termina de forma rotunda con un verso que despertaría fuertes aplausos: «¡El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios!»

Sabemos que en abril publica en *Voluntad* el poema con el que ganó amigos: «El Nazareno», una composición adecuada para las fechas de Semana Santa, que debieron ser por entonces; en octubre da un salto a la prensa provincial para publicar en *El Día* de Alicante, que dirigía el periodista y poeta de Orihuela Juan Sansano, y en noviembre escribe su poema «Contemplad», un canto a su ciudad natal para el primer número de *Destellos*. Una estrofa de esta composición de 84 versos dodecasílabos agrupados en serventesios puede darnos una idea del contenido y del tono:



¡Contemplad mi tierra...! Mágicos jardines
de belleza henchidos, verdes la circundan;
músicas la ofrecen plúmeos clarines;
flores, resplandores y aromas la inundan.¹⁹

Se trata de un poema regionalista con claras influencias formales de Rubén Darío.²⁰ Es el tono de la poesía de su entorno, de la que participa sin separarse un ápice; le distingue una gran facilidad para versificar y un énfasis y sonoridad que encandila a su público, ya sean lectores u oyentes. Hernández alcanzó prestigio en Orihuela a los pocos meses de darse a conocer, pero este reconocimiento anduvo siempre unido a su condición de cabrero. Se le valoraba, pero situándolo en su lugar: un lugar asignado a perpetuidad por una mentalidad conservadora. Texto importante en este sentido fue el artículo que José María Ballesteros le dedica en *Voluntad* el 15 de junio de 1930. Este médico,

cronista honorario de la ciudad, que acababa de publicar un libro de costumbrismo regionalista, *Oriolanas. Cuadros y costumbres de mi tierra*, escribe entre otras cosas en esta primera semblanza de Miguel: «El pastor poeta oriolano es un pastor de cabras; nació pastor, continúa siendo pastor y morirá tal vez pasturando su rebaño. [...] ¡Sueña el pobre pastor poeta! ¡No está en este mundo, vuela por los espacios sin lindes de la cariñosa y dulce fantasía!»²¹ Son éstas las bendiciones que Hernández podía recibir de un prohombre de la cultura local. Cuatro meses después recibe similares consideraciones de parte de Juan Sansano²², cuando publica su primer poema en el periódico de Alicante *El Día*. La composición se titula «La bendita tierra», y su tono justifica el vaticinio del director del diario alicantino: «Miguel Hernández ha de llegar a ser una gran figura de la literatura alicantina, para honra nuestra. La dulzura y la belleza de sus composiciones —algunas de ellas impecables— son dignas de figurar al lado de las del inmortal poeta salmantino Gabriel y Galán y de las de Rey Soto, el gran artista gallego»²³. Éste es el ambiente literario en el que, en 1930, irrumpió Miguel y ése el destino que preveían: el de poeta regionalista. Cuando hacía tiempo que las vanguardias habían dado sus frutos y la lírica se orientaba hacia una «re-humanización», Hernández cultivaba la poesía que predominaba en el ambiente de Orihuela: romanticismo trasnochado, modernismo popular y, sobre todo, regionalismo. Cuando *Destellos* se presentó en el otoño de ese año lo hizo como un periódico de «regionalismo puro, de aires de Gabriel y Galán y Vicente Medina»²⁴.

Un acontecimiento literario provoca el cambio en ese estancado ambiente provinciano: el impacto que produce *El obispo leproso* (1926), segunda parte de *Nuestro Padre San Daniel* (1921), novela centrada en una ciudad, Oleza, cuyo referente es Orihuela. Fue la pu-

blicación de esa segunda parte la que desató una violenta campaña contra Gabriel Miró orquestada por los elementos más conservadores de la sociedad española, que vieron en ella un ataque a los jesuitas y a las formas de religiosidad tradicional.²⁵ La polémica, que se ventilaba fundamentalmente en la prensa de Madrid, llegó a Orihuela. Aquí, la pieza central fue un artículo firmado por Juan de Oriol —seudónimo de Justo García Soriano—, quien, en *El Pueblo de Orihuela*, publicó el 21 de septiembre de 1927 un artículo de título muy explícito: «*El obispo leproso*: sandeces, injurias y otros excesos», cuya tesis puede resumirse en la siguiente frase: «El fin primordial de la novela es ridiculizar nuestras prácticas devotas y nuestras tradiciones religiosas».

Pero el cambio fue lento. Resulta sumamente curioso que en la obra de Miguel Hernández no aparezca alusión alguna a Gabriel Miró, ni muestras de haberlo leído, hasta abril de 1931; es a partir de entonces cuando reitera alabanzas a Miró, a quien llama «mi sublime maestro», e incluso cuando advertimos intentos de modificar procedimientos literarios.²⁶ Sabemos que, en su primer viaje a Madrid, el joven poeta aparece como objeto de curiosidad en dos artículos en los que se hace hincapié —como no podía ser menos— en su condición de «poeta pastor» o de «cabrero poeta»; pero en ambos, lejos de presentarse como un versificador asilvestrado, lo que se nos muestra es a un joven de gustos exquisitos. A Giménez Caballero le confiesa que sus autores preferidos son Góngora, Lorca y Gabriel Miró.²⁷ En la revista *Estampa* modifica algo esta exigua nómina y amplía un dato; al periodista Federico Martínez Corbalán le declara sus preferencias: Juan Ramón Jiménez, Góngora, Machado, Darío...; pero antes le había dicho: «Miró es el escritor que más me gusta y el que acaso haya influido más en



mí», a lo que apostilla el periodista: «¡Miró! El maravilloso poeta de la mirada serena y la prosa de filigrana, de volumen, de carne, de luz y sol y viento». «Sólo por sus admiraciones, Miró y Juan Ramón, se le puede juzgar con toda cordialidad»²⁸.

A partir de junio de 1931 se pone en marcha en Orihuela un homenaje a Gabriel Miró, con la propuesta para la erección de un busto, que será sufragado por cuestación popular. El busto, obra del escultor Seiquer Zanón, fue erigido en la glorieta que desde entonces lleva su nombre, frente a la antigua Oleza. El acto inaugural, que tuvo lugar el dos de octubre de 1932, quedó empañado por la excéntrica e inadecuada intervención de Ernesto Giménez Caballero. Para la ocasión se publicó, con formato de periódico, *El Clamor de la Verdad*, donde colaboraron entre otros, junto con Hernández y Sijé, Carmen Conde,

Antonio Oliver Belmás, María Cegarra, Julio Bernácer, Raimundo de los Reyes... Un fragmento de Sijé —quien firma como «El Anti Alba Longa»— puede resumir algo del sentido que aquello significaba para el lugar: «Era una ciudad muerta, sin sentido estético, antiliteraria. Llegó él con su vida en potencia a dar sangre, en gloriosa transfusión, a la ciudad; con su estética, a darle tradición e historia, longitud y latitud, norte y sur, cara y cruz; con su formidable temperamento literario a dar jerarquía de universalidad a lo minúsculo, a lo particularista, a la definida geografía. La ciudad, tras su labor anunciadora, se llamaría Oleza»²⁹.

Jesús Poveda, desde su exilio mejicano, recordaba en su libro que Gabriel Miró «fue el que nos despertó en nuestra juventud, echando a volar todas las campanas de la imaginación. Miró fue el que nos modeló a todos, a Miguel, a Carlos, a Sijé, a mí»³⁰.

Desde aquel momento se lanzaron a buscar su propia voz, a luchar contra los tópicos y lo fosilizado para que su estilo revelara la verdad de su visión, y sus versos dejaran de ser una convencional participación en una literatura mostrenca. Así se quejaba en carta Hernández, recién llegado a Madrid, precisamente en la época en la que se acumulan las referencias al novelista alicantino: «Procuro que lo que diga sea mío nada más. Algún día será que quede libre de extrañas influencias»³¹. Porque Miró no animaba a que se le imitara en su estilo, sino en su actitud, en su triunfo estético y ético: en el hallazgo de la propia voz, algo que sólo se consigue con esfuerzo. El mismo ejemplo y la misma actitud encontramos en otro joven, Juan Gil-Albert, quien pudo recordar cincuenta años después aquel momento en el que quedó deslumbrado al descubrir la obra del prosista alicantino: «En eso consistió mi revelación mironiana. O *la revelación que Miró me hizo de mí mismo*. Es decir, y me atrevo a expresarlo así, no fue una influencia, fue un milagro»³².

Miró no fue un modelo a imitar, sino un estímulo a seguir: una voz personal que, como ejemplo, anima a la búsqueda

de la propia voz. Pero en esa afinidad entran otros elementos, que tienen que ver con una cercanía humana. María de Gracia Ifach, quien reconoce que, entre las lecturas juveniles de Hernández, «había de ser Gabriel Miró quien penetrara en su naturaleza de poeta con más eficaz hondura», apunta en el mismo sentido que, además del reconocimiento de las cualidades poéticas de su prosa, «su naturaleza se identificaba con la del alicantino en virtud de una misma sustancia telúrica»; y por algo que afecta más en profundidad: «esencialmente, porque les emparentaba una nobleza afín, una radical hombría de bien»³³. Estas virtudes, éticas y estéticas, son las que fundamentan unas obras inigualables, aunque el reconocimiento popular no sea el mismo. Ante esto, es preciso recordar aquellas consoladoras y reconfortantes palabras con las que Cipión concluye *El coloquio de los perros*: «La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno: desnudo o vestido, solo o acompañado. Bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale»³⁴. ●

NOTAS

1. Introducción a Miguel Hernández, *Obra completa I. Poesía*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pág. 27.
2. Azorín, *Obras escogidas I. Novela completa*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, pág. 487.
3. José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Planeta, 2002, págs. 36-37.
4. Asunto éste que ha sido puesto en cuestión por Eutimio Martín, *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, pág. 203. Concluye el investigador: «Hay que convenir con Ramón Pérez Álvarez en que la cultura literaria de Miguel Hernández fue obra personal del propio interesado, que se sirvió de la bien abastecida biblioteca municipal de Orihuela y de la generosa orientación de su eficaz directora».
5. José Luis Ferris, *op. cit.*, pág. 73, afirma que fue Carlos el que cedió a Miguel su espacio en la sección de «colaboraciones espontáneas» del

periódico *El Pueblo de Orihuela*.

6. Eutimio Martín, *op. cit.*, págs. 81-82, advierte con sagacidad cómo hay aquí preparada una «operación de lanzamiento público», una «maniobra propagandística» para llamar la atención sobre el nuevo poeta.
7. La segunda composición publicada (27 de enero) se titula «En mi barraquica».
8. Es curioso encontrar en «Flor de arroyo» una composición en quintillas donde desarrolla un asunto del romanticismo popular sentimentaloides, una referencia a García Lorca: «Siempre así: lúbrica y pura / iba la flor del arroyo, / toda vida y hermosura, / sin que en su marcha insegura / hallara ningún escollo». —Miguel Hernández, *op. cit.*, I, pág. 170.
9. Proporciona noticias de primera mano Jesús Poveda en su libro *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria-Testimonio*, México, Ediciones Oasis, 1975.
10. *Ibid.*, pág. 36.

11. Poveda lo afirma de manera rotunda: «Sijé nunca fue guía de nuestras tertulias literarias de la calle de Arriba. Jamás tomó parte en ellas.» — José Poveda, *ibíd.*, pág. 48.
12. José Luis Ferris, *op. cit.*, págs. 96-97. En esta última escribe: «No cejaría el poeta, pese al insistente desdén de la muchacha, de pretenderla durante bastante tiempo, prolongándose la imposible relación hasta ya avanzado el año 34 y perdurando incluso en su memoria y en su deseo —fue su primer amor y, además, platónico— en momentos de crisis afectiva».
13. José María Balcells, *Miguel Hernández, corazón desmesurado*, Barcelona, Dirosa, 1975, pág. 10.
14. Para conocer la prensa de Orihuela en los años de formación de Miguel Hernández, véase el documentado estudio de Diego Victoria Moreno, «Un siglo de prensa contemporánea en Orihuela (1834-1931)», en *Anales de Historia Contemporánea*, Universidad de Murcia, núm. 1 (1982), págs. 218-241.
15. Periódico que aparece citado en *El obispo leproso*, junto con otro ficticio: *El Clamor de la Verdad*. Del primero hay una estupenda escena que sitúa al periódico en su ambiente; el lugar recreado es el aula de estudio del Colegio de Santo Domingo, donde vigila un jesuita: «En la tarima, un hermano con gafas negras, las gafas del disimulo de todo el año, repasaba una *Lectura Popular*. ¡La *Lectura Popular*, con su olor de imprenta húmeda; el periódico que les repartía el cuestor de estudios a la hora en que comenzaban a subir del patio los olores de cocina!» —Gabriel Miró, *El obispo leproso*, en *Obras completas III*, Madrid, Biblioteca Castro, 2008, pág. 393.
16. Gabriel Miró, *Nuestro Padre San Daniel*, *op. cit.*, pág. 114.
17. Sabemos también que Miguel Hernández tenía desde muy joven una marcada vocación teatral, y que, según informa Fenoll, su primera composición fue un drama en verso titulado *La gitana*, escrito a la manera de Marquina o Ardavín; véase José María Balcells, *op. cit.*, págs. 13-14.
18. Jacinto Luis Guereña, *Miguel Hernández*, Barcelona, Destino, 1978, pág. 30.
19. Miguel Hernández, *op. cit.*, I, pág. 205.
20. Esta influencia le lleva a falsear la visión y a ofrecernos una Orihuela «andaluza»: véanse los versos 45-45: «Y porque en las rejas tienen muy galanas / hembras de ojos negros y de bocas frescas: / con el fuego en ellos de las sevillanas / con la gracia en ellas de las cordobesas».
21. Recoge este artículo Eutimio Martín, *op. cit.*, págs. 102-103.
22. Aunque el 14 de julio ya se había referido al «nuevo poeta pastor» a propósito de otra celebración, de la que dio cuenta en su artículo «La velada de ayer en honor del excelso poeta Salvador Sellés», *El Día*, Alicante, 14 de julio de 1930.
23. En Eutimio Martín, *op. cit.*, págs. 105-106.
24. Véase José Muñoz Garrigós, *Vida y obra de Ramón Sijé*, Murcia, Universidad de Murcia, 1987, pág. 57.
25. Para todo este asunto, véase: Carlos Ruiz Silva, «La violenta polémica sobre *El obispo leproso*», que figura en la introducción a su ed. de Gabriel Miró, *El obispo leproso*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1984, págs. 52-69.
26. Estudio este asunto con más detenimiento en «Miguel Hernández y Gabriel Miró», *Miguel Hernández, cincuenta años después. Actas del I Congreso Internacional Miguel Hernández*, Alicante, 1992, págs. 67-78.
27. E. G. C., «Un nuevo poeta pastor», *La Gaceta Literaria*, 15 de enero de 1932.
28. F. M. C., «Dos jóvenes escritores levantinos. El cabrero poeta y el muchacho dramaturgo», *Estampa*, 22 de febrero de 1932.
29. *El Clamor de la Verdad. Cuaderno de Oleza consagrado al poeta Gabriel Miró*, Orihuela, 2 de octubre de 1932, págs. 2-3.
30. *Op. cit.*, pág. 71.
31. Carta a Ramón Sijé, 12 de diciembre de 1931, en Miguel Hernández, *op. cit.*, II, págs. 2287-2288.
32. Juan Gil-Albert, *Gabriel Miró: Remembranza*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, pág. 17. La cursiva es mía.
33. María de Gracia Ifach, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza & Janés S.A., 1975, pág. 29.
34. Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares III*, ed. de Juan Bautista Avallé Arce, Madrid, Castalia, 1982, pág. 321.

BIBLIOGRAFÍA

- AZORÍN, Antonio Azorín, en *Obras escogidas I. Novela completa*, coord. Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- BALCELLS, José María, *Miguel Hernández, corazón desmesurado*, Barcelona, Dirosa, 1975.
- COUFFON, Claude, *Orihuela et Miguel Hernández*, París, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 1963
- FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Planeta, 2010.
- GUEREÑA, Jacinto Luis, *Miguel Hernández*, Barcelona, Destino, 1978.
- GIL-ALBERT, Juan, *Gabriel Miró: Remembranza*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra completa. I Poesía, II Teatro. Prosas. Correspondencia*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira con la colaboración de Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992.
- IFACH, María de Gracia, *Miguel Hernández, rayo que no cesa*, Barcelona, Plaza & Janés, S.A., 1975.
- LOZANO MARCO, Miguel Ángel, «Miguel Hernández y Gabriel Miró», en *Miguel Hernández, cincuenta años después. Actas de I Congreso Internacional Miguel Hernández*, Alicante, 1992, págs. 67-78.
- MARTÍN, Eutimio, *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010.
- MIRÓ, Gabriel, *Obras completas*, tres volúmenes, ed. de Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Biblioteca Castro, 2006-2008.
- MUÑOZ GARRIGÓS, José, *Vida y obra de Ramón Sijé*, Murcia, Universidad de Murcia, 1987.
- POVEDA, Jesús, *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández*, México, Ediciones Oasis, S.A., 1975.
- RAMOS, Vicente, *Literatura alicantina (1839-1939)*, Madrid, Alfaguara, 1966.
- RAMOS, Vicente, *Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1973.
- VICTORIA MORENO, Diego, «Un siglo de prensa contemporánea en Orihuela (1834-1931)», *Anales de Historia Contemporánea*, Universidad de Murcia, núm. 1 (1982), págs. 218-241.